

MI TÍA MARGA: REIVINDICACIÓN DE UNA MEMORIA

MARGA CLARK (MARGARITA GIL NAVARRO)

A la hora de enfrentarme a esta semblanza de mi tía Marga Gil Roësset me di cuenta de que lo importante no era tanto el hecho de escribirla, sino la razón más íntima y profunda que me incitaba a aceptar esta tarea, a la vez, dolorosa y liberadora, que me ofreció Carmen Hernández-Pinzón. Dolorosa, porque al entrar metafóricamente en la casa de Juan Ramón Jiménez para confrontarme con el *Diario* de mi tía Marga, evoco, de una forma más lúcida y real, el escenario trágico y fatídico de su muerte. Y liberadora, porque aun sintiendo ese dolor, el deseo acuciante de acompañarla en su trance, me parece no sólo un gesto ya en sí liberador, sino necesario.

Marga Gil Roësset (1908-1932) nació en Madrid en el seno de una familia de la alta burguesía, de fuertes convicciones morales y religiosas, tradicional a simple vista, pero con un estilo de vida lleno de matices tan únicos y originales que la transformaban en una familia inclasificable. El padre de Marga, Julián Gil Clemente, era un general de ingenieros, poseedor de múltiples medallas, cruces y condecoraciones conseguidas por sus heroicas intervenciones en el campo de batalla. Un caballero a carta cabal, de disciplina férrea y rigurosa actitud. La madre, Margot Roësset Mosquera, de procedencia franco-gallega, era un personaje que hubiera colmado de fantasía la pluma de cualquier escritor avezado: bella, romántica, culta, original y creativa; considerada quizá algo excéntrica por las mujeres de su época. Estaba enamorada apasionadamente de su marido y hacían una pareja espectacular. Margot era tan bella y elegante que cuando acudía a la ópera o al teatro, cogida del brazo del general, causaba sensación. Era profundamente religiosa y profesaba una pasión exacerbada por la belleza. Es en este ambiente artístico, disciplinado, de ideas avanzadas y originales, donde Marga y sus tres hermanos,

Consuelo, Pedro y Julián, crecieron, cada uno siguiendo su propio camino. Pedro murió prematuramente antes de cumplir los siete años y mi padre, Julián, el menor de los hermanos, indiferente hacia ese impulso creador que se respiraba en la familia, se convirtió en catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales. Sin embargo, las dos hermanas fueron educadas por su madre personalmente, con un esmero y una exquisitez tan fuera de lo común que llamaban la atención en el ámbito cultural de la sociedad madrileña de principios del siglo veinte.

Aprendieron a dibujar en el estudio del pintor granadino y gran retratista, José María López Mezquita; tocaban el piano; hablaban cuatro idiomas, sobre todo el francés, con gran fluidez, y habían viajado y visitado importantes museos europeos. Ambas hermanas, desde muy jóvenes, dieron rienda suelta a sus inquietudes artísticas y literarias. Marga, muy unida a su madre, fue la que quizá, debido a su extrema sensibilidad, se dejara influir más por su espíritu sutil y creativo. Margot recompensaba a sus hijas a cambio de un poema o un dibujo. Marga sorprendió un día a su madre cuando le regaló el cuento *La niña curiosa*, que ella misma había escrito e ilustrado con dibujos de gran calidad. Tenía sólo siete años. A los doce y trece, Marga ilustró los cuentos que su hermana Consuelo, tres años mayor que ella, había escrito: *El niño de oro* y *Rose de Bois* –este último en francés, publicado en París. Libros ilustrados con unos dibujos de una modernidad y madurez asombrosas, acompañados de una técnica perfecta. Imágenes sobrecogedoras, de una belleza inquietante, que configuran anticipadamente este mundo doloroso y «agónico» que siempre ha acompañado a su obra. A los quince años Marga ya estaba haciendo escultura, con una dedicación y una maestría poco corrientes en una niña de su edad. La abuela Margot llevó algunas de sus obras a su amigo, el escultor Victorio Macho, para pedirle consejo. Al contemplarlas, el maestro se quedó atónito y decidió no acogerla bajo su tutela para no interferir con su gran talento creativo. Así siguió Marga, trabajando sola; un arte libre, sin normas, sin grandes influencias, con la mirada hacia adentro para crear su propio estilo, su propia voz.

En 1930, con 22 años, Marga muestra su obra *Adán y Eva* en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Es una de las primeras mujeres

en esculpir directamente sobre la piedra. Emociona a la crítica que le augura un lugar relevante en el mundo de la escultura. Marga dijo en una entrevista que le hizo Rosa Arciniega a raíz de esta exposición: «Yo intento siempre operar sobre mis esculturas de dentro afuera. Es decir, trato de esculpir más las ideas que las personas. [...] llevan el esfuerzo de querer manifestar su interior». El crítico José Francés, ya había escrito en *La Esfera* en 1929: «Se está pues en presencia de un artista verdadero, que no debe nada a profesores ni maestros. En ella está todo como un don del más allá». Marga fue autodidacta, transgresora, innovadora, única y genial, adelantándose siempre a su tiempo, como hacen los grandes creadores.

En 1932, unos meses antes de su muerte, Marga, acompañada por su hermana Consuelo, conoció a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí, a través de una amiga común. El poeta la describe así en su primer encuentro:

Yo me había imaginado que Marga era rubia, como Consuelo, su hermana mayor; y creí entreverla así en la penumbra carminienta de un palco, una mañana de concierto. Aquella tarde Marga era, y era morena pálida, de verdoso alabastro, con ojos hermosos grises, y pelo liso castaño. Sentada tenía una actitud de enerjía, brazos musculosos, morenos, heridos siempre de su oficio duro. Y al mismo tiempo ¡tan frágil! Llevaba el alma fuera, el cuerpo dentro. Le dije al momento: «Amarga. Persa. Fuerte, viril».

Las hermanas admiraban mucho a Zenobia como traductora de Tagore. Se estableció de inmediato una sintonía especial entre Zenobia y Marga y enseguida, el poeta y su mujer fueron a visitarla a su casa para conocer mejor su obra. Se quedaron admirados del talento de esta joven escultora de 24 años, de quien ya habían recibido con anterioridad el maravilloso cuento *El niño de oro*, que tanto les había impresionado. Decidieron entonces que Marga realizaría los bustos de Zenobia, primero, y el de Juan Ramón después. Por desgracia, Marga sólo tuvo tiempo de acabar el primero.

Fueron unos meses de trabajo sin descanso. Marga corría de su casa a la del poeta, llegaba todas las mañanas cargada de rosas, li-

bros, frutas, cada día un regalo nuevo para ellos. Trabajaba apasionada, febril, entusiasta. El poeta la describe así:

...Era un ejemplo de vitalidad exaltada, de voluntad constante, de capricho enérgico. Trabajaba, hora tras hora sin descanso, de pie, con dolor físico, cabeza, hígado, muelas. Se deshacía las manos, se caía, se hería. Manchada de yeso, punteados los ojos de piedra, cobran una belleza ácida, una expresión injente. Se iba ya de noche, corriendo. Siempre corriendo, entrando, saliendo, cargada de cosas, subiendo, bajando. Dormía poco, abandonaba el comer. Café, té, vida abreviada. No le importaba seguramente vivir. Una estoica.

Sí, la energía de Marga era inagotable pero su fragilidad también. Marga se enamoró... ¿del hombre, del poeta, de lo imposible? En su proceso incansable de creación Marga buscaba lo absoluto, como la mayoría de los grandes artistas, y quizá creyó encontrarlo en ese espacio de total entrega creadora. Pero ya todos sabemos que la verdad, lo absoluto, son inalcanzables aunque algunos espíritus nunca lleguen a aceptarlo. ¿Falsas ilusiones... provocación... desilusión... seducción... desengaño? Todo son suposiciones. Lo que sí conocemos son algunos hechos objetivos, y lo que Marga nos cuenta en su emocionante e íntimo diario que aquí, por primera vez, presentamos en su versión original.

El 28 de julio de 1932 fue el último día de la vida de Marga. Esa mañana fue a casa de Juan Ramón supuestamente para hablar como tantos otros días, pero en realidad era una despedida. Marga estaba triste porque ya había decidido acabar con su vida, pero esa visita me da a entender que quizá quería que alguien o algo le impidiera cometer tal acción. Marga dejó sobre el velador un envoltorio que, años más tarde, el poeta pensó que tal vez escondiera el revólver. Antes de abandonar la casa llorando, Marga dejó su diario encima de la mesa de Juan Ramón. Fue directa a su taller y destruyó la mayor parte de su obra, incluso placas de fotografías de sus esculturas. El busto de Zenobia sobrevivió a la hecatombe. Acto seguido, Marga se fue en un taxi a un chalet de un tío suyo en Las Rozas, y allí consumó su trágico final. Antes de pegarse un tiro en la sien escribió tres cartas

de despedida. La primera a su hermana Consuelo, confesándole que se mataba porque no podía ser feliz. La segunda a sus padres, pidiéndoles perdón por el dolor que les iba a ocasionar y asegurándoles que no había cometido nada malo. Y la tercera a Zenobia, confesándole su amor hacia Juan Ramón y pidiéndole perdón «por lo que si él quisiera yo habría hecho». Mientras tanto la abuela Margot estaba muy inquieta por la ausencia de su hija y llamó preocupada a casa de Juan Ramón preguntando por ella. El poeta y Zenobia salieron con celeridad a buscarla por los sitios que Marga solía frecuentar y acabaron en su taller, donde se encontraron con sus primas que, angustiadas, les comunicaron el fatal desenlace. Juan Ramón y Zenobia llegaron a tiempo a la Clínica de Urgencias de Las Rozas, donde todavía se encontraba Marga con vida, pero no por mucho tiempo. El poeta la recuerda con estas sentidas palabras en *Españoles de tres mundos*:

Si pensaste al morir que ibas a ser bien recordada, no te equivocaste, Marga. Acaso te recordaremos pocos, pero nuestro recuerdo te será fiel y firme. No te olvidaremos, no te olvidaré nunca. Que hayas encontrado bajo la tierra el descanso y el sueño, el gusto que no encuentraste sobre la tierra. Descansa en paz, en la paz que no supimos darte, Marga bien querida.

Este trágico final de Marga Gil Roësset fue tan doloroso para toda la familia, que no sólo provocó la muerte prematura, algunos años más tarde, de sus padres –mis abuelos paternos, a quienes por desgracia no llegué a conocer–, sino que condicionó la actitud de sus dos hermanos, Consuelo y Julián, que la mantuvieron sepultada en el olvido, tal vez con la buena intención de protegerla, silenciando así la genialidad de su obra.

Póstumamente, en 1933, se publicó un libro titulado *Canciones de niños*, con cubierta original de Juan Ramón Jiménez. Tres dibujos de Marga, seleccionadas por el poeta, ilustraban las canciones, en español y francés, de su hermana Consuelo, con el libreto musical de su cuñado, José María Franco. Uno de los dibujos, titulado *Las cerezas*, recuerda tanto al dibujo de *Le petit prince*, que se ha considerado la posibilidad de que su autor, Saint-Exupéry, se hubiera inspirado en

él, 17 años más tarde. En el año 2000 se organizó una exposición en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, comisariada por Ana Serrano, que reunió toda la obra de Marga que ha sobrevivido durante estos años. Se expusieron 16 esculturas, 80 dibujos y acuarelas, dos fotografías, además de cinco objetos personales y los cuatro libros ya mencionados. Marga dejó dos proyectos pendientes: las ilustraciones para una biografía de Santa Teresa, y para el *Quijote*. La novela *Amarga luz* (Funambulista, 2011) y el poemario *El olor de tu nombre* (Huerga y Fierro, 2008), son mis dos aportaciones para homenajear y reivindicar la memoria de mi tía Marga, algo que me he tomado como una misión en mi vida, puesto que se la mantuvo encerrada en la sombría tumba del olvido durante 65 años. Ahora que Marga sale de nuevo a la luz, yo quiero que se la conozca como la genial artista que fue, y que sigue siendo, porque las grandes creadoras como ella nunca mueren. Muchas estudiosas y especialistas en las vanguardias del siglo veinte han dedicado su tiempo en investigar la obra de Marga. Entre ellas sobresale Nuria Capdevila-Argüelles, catedrática de estudios hispánicos y de género de la Universidad de Exeter, Reino Unido, quien sitúa a Marga decididamente en un contexto de vanguardia, la relaciona con otras artistas europeas que habrían sido sus compañeras de generación, y analiza en profundidad «el carácter precursor de la obra de Marga como ilustradora y escultora».

La publicación del *Diario* de Marga Gil Roësset no sólo tiene un gran interés como documento literario para las investigadoras ya mencionadas, sino que también representa, para nuestra familia, un elemento esclarecedor de su trágico final. La lectura, en un periódico español en 1997, de algunos fragmentos del *Diario* de Marga, acompañando la descripción de los últimos momentos de su vida, junto con algunos poemas inéditos de Juan Ramón dedicados a ella, fue para mí algo tan inesperado como estremecedor. Fue inesperado, porque por fin se rompía el silencio al que mi tía Marga había sido sometida, por sus hermanos, durante tantos años –tema tabú que merodeó siempre misterioso a lo largo de mi infancia y adolescencia. Y también fue estremecedor, porque un diario de tan vital importancia para nuestra familia había sido el secreto mejor guardado de toda esta fatídica historia.

Sin pretender pedir cuentas al pasado, me pregunto si el legado artístico de la singular creadora, de cara a la recuperación de su memoria, hubiera sido más justo y reivindicativo si el *Diario* donde Marga se sinceró en los últimos días de su vida hubiera sido devuelto a la familia a su debido tiempo. Quizá entonces mi familia hubiera encontrado algo de consuelo, y esclarecido incógnitas, a través de la lectura de las sentidas reflexiones de su querida hija y hermana, donde muestra, con una pasión y una fuerza arrolladoras, todas sus emociones y estados de ánimo. Palabras sinceras, por muy amargas y duras que fueran. Un documento íntimo al fin y al cabo. Probablemente el duelo de mi familia hubiera sido menos extenso y doloroso, y no se hubiera arrojado, creo yo, con tanto ímpetu la llave de su confinamiento al pozo oscuro de la desesperanza y del olvido. Las razones por las que no se devolvió a mi familia después de la muerte de Marga, pueden ser múltiples y, para algunos, muy justificadas; sin embargo, si he de expresarme con total sinceridad, para los familiares más allegados a Marga, y para mí, este hecho todavía sigue siendo algo enigmático. No obstante, todo este devenir forma parte del complejo mundo de las interpretaciones personales, y hay que tener en cuenta un hecho objetivo: Marga dejó sus últimas y emotivas palabras en casa de Juan Ramón Jiménez, momentos antes de su muerte.

Me parece de suma importancia la recuperación del *Diario* en estos momentos en que la figura y obra artística de Marga se empieza a valorar y reconocer. Para ser fieles a la biografía de una artista tan especial como era ella, es necesario mostrar el conjunto de luces y sombras de su breve y apasionada existencia, como así lo han hecho muchas otras grandes mujeres y creadoras. Se abre un camino para que la figura de Marga empiece a ser vislumbrada en toda su armonía y complejidad.

Espero que mi participación en este homenaje juanramoniano a mi tía Marga Gil Roësset, sea una nota más *in crescendo* de la melodía conmemorativa, tan luminosa y necesaria, que entre todos orquestamos para la merecida reivindicación de su memoria.